

LA PLICA DE BALBINO EL VIEJO

EL HALLAZGO (II)

(Fragmento)

Un médico conocido mío de Barcelona, aficionado indomable a la parapsicología y a todas las paraciencias extrañas y más o menos curiosas que tratan del misterioso comportamiento humano, tanto oníricamente como en estado de vigilia, me comentó un lluvioso día de finales del pasado año en el casino privado de donde somos socios, que existe una palabra de ascendencia nórdica que sirve para definir el conjunto de fenómenos objetivos, considerados paranormales —los cuales se manifiestan en lugares encantados—, y que, aunque se refiere principalmente a los ruidos misteriosos, golpes, visiones, etcétera, no excluye, ni muchísimo menos, las posibles hipnodrasias o acciones que los ocasionales visitantes sufren durante el sueño, cuando cometen la temeridad de pernoctar en dichos lugares sin tomar las precauciones pertinentes. Esta palabra es la de *thoribismo* y la primera vez que la oí de boca del cándido compañero de asueto, reí tan a gusto y tan largamente como nunca después he vuelto a hacerlo. Es de buen entendedor comprender que la gracia no se la encontré a la dichosa palabreja propiamente dicha sino al curioso concepto que tras ella se escondía. Hasta aquella noche, en ningún momento se me ocurrió perder el tiempo volviendo a recordar aquel vocablo y su significado, ni tan siquiera después de las extrañas pesadillas que padecí en la casa donde murió mi hermano, ni del espantoso susto que me llevé al despertarme en la barandilla de la terraza que hay junto al dormitorio que ocupé en la casa de los Rojas una semana antes. Pero aquella noche fue diferente. Al terminar de cenar en compañía de Eugenia, pues su marido debió marcharse precipitadamente al recibir una inesperada llamada telefónica a media comida, subí a descansar a la alcoba donde me había instalado la noche anterior y que, casualmente y como ya he dicho, era la misma en que había dormido ocho días antes. No me costó nada conciliar el sueño a pesar de que mi imaginación se empeñaba en adelantarse a los acontecimientos que iban a desarrollarse al día siguiente, sin sospechar siquiera el peligro que me estaba acechando, como se suele decir, a la vuelta de la esquina.

Al igual que en anteriores ocasiones, me levanté de la cama completamente dormido, pero para ir esta vez hasta el cuarto de baño complementario de la alcoba. Como la última vez, también mi profundo sueño se tornó en somnolencia con rapidez y

ésta a su vez en un estado en el que mi conciencia retornaba parcialmente, pero sin que llegase a dominar la totalidad de mis músculos y, como consecuencia, el sentido de la vista, puesto que los párpados se negaban a obedecerme. Mi cerebro me advirtió que me hallaba en tal estado cuando atravesé la puerta del baño, pero, como me temía, mis esfuerzos por terminar de despertarme fueron inútiles, comprobando con asombro, y gracias a mis sentidos de tacto y oído, que mi mano derecha había taponado la bañera y abierto el grifo. Me sorprendí ante mi incapacidad para contener las ganas de orinar que produce el ruido y el contacto con el agua, mojándome el pantalón del pijama y llegaba la orina chorreando hasta mis pies. A continuación, mis manos tantearon la repisa en busca de algo que yo desconocía pero que, en cuanto fue encontrado y agarrado, reconocí de inmediato como mi afilada navaja de afeitar. Noté cómo mis pies me llevaban adentro de la bañera y al agua tibia envolverme durante la inmersión de mi cuerpo. Pero mi estupor se convirtió en terror al comprender que mi mano derecha iba a herir a la muñeca contraria con la navaja. Sentí mis músculos tensarse ante el desesperado aviso de mi cerebro, que ordenaba detenerse a mi mano traidora sin que ésta obedeciera. Los espasmos producidos por los nervios y la extraordinaria tensión hacían temblar a mis manos; la lucha entre mi entendimiento y la fuerza extraña que se había apoderado de casi todo mi cuerpo llegó al paroxismo cuando sentí la hoja de la navaja rozar mi muñeca y, justo en ese momento, un segundo antes de que mi masa gris desfalleciera, vencí la pesadilla y recuperé completamente la conciencia y el control de mi cuerpo.

Aunque estaba casi a oscuras, al abrir los ojos un pequeño destello me descubrió el lugar exacto donde mi mano tenía la navaja. Entonces fue cuando me convencí de que Javier no había sido asesinado, al menos tal y como así lo entiende todo el mundo, sino que se suicidó ahorcándose en la sacristía de Castillejo, empujado por la misma extraña fuerza que a mí me había llevado hasta la bañera para rebanarme con mi propia navaja. También en esa misma fracción de segundo pensé que posiblemente las extrañas apariciones de mi hermano andando de noche por la calle en pijama, atolondrado y sin responder a los saludos, se debían al mismo misterio. Misterio que le llevó aquella noche a abrir la puerta de la sacristía y a ahorcarse con el cingulo que alguien ya le había preparado. Arrojé violentamente la navaja a un rincón y, temblando a pesar de estar introducido en agua caliente, salí de la bañera tiritando y buscando con ambas manos la toalla. Al temblor se sumaron unas convulsiones nerviosas que me impidieron atinar a encender la luz y, tras desistir de ello, me abalancé hasta la cama para cubrirme

también con las sábanas. Pero el frío que sentía era tan intenso que ni aun con varias mantas podría habérmelo quitado, así que me fui hasta la puerta y bajé por las escaleras sin importarme mi atavío y en busca de alguna botella de licor que me reconfortase.

© **Gerardo Muñoz Lorente**